

no sale la señora Vitel, y donde me enseñó el arte de embellecerse. ¡Adónde me ha conducido ese arte!

## XXXVIII

Lucrecia Vitel me tendió la mano así que me vió. Yo la di la mía sin vacilar. ¿Qué razones, después de todo, tenía yo para no querer á mi protectora?

—Esperaba vuestra visita—me dijo.

—¿Por qué?—pregunté yo.

—Porque como yo, habréis sabido la marcha de Prades.

—¡Ah! ¿pensáis que?...—dije.

—Seguramente. Si me permitís—añadió la señora Vitel sonriéndose—desterraremos hoy de nuestra conversación, sin perjuicio de que los usemós otro día, los preliminares inútiles, las reticencias y los rodeos. Espero á una persona y tengo prisa.

—Podemos dejarlo para esta noche...

—No; es muy importante que hablemos ahora mismo. Entro, pues, en materia: ¿la

marcha de Prades os extraña y venís á preguntarme si sé la causa de ella?

—Sí.

—No sé nada, absolutamente nada; no he visto á Prades desde que cerré la puerta de mi cuarto en sus barbas. Si alguien pudiese darme noticias tuyas, seríais vos.

—¿Yo?—dije tratando de fingir asombro, á pesar de las exhortaciones precedentes.

—Sí, vos. Yo me he despedido de él algo bruscamente, es cierto, á las dos de la mañana, y Victoria, mi doncella, me ha asegurado que las seis de la mañana serían cuando se separaba de vos. Esa noticia hubiese bastado para enterarme de todo, si mi perspicacia no me lo hubiese hecho adivinar. Ahora, ¿queréis sentaros junto á mí, y hablaremos como dos buenas amigas? ¿No lo soy vuestra? ¿Tenéis algo que echarme en cara? ¿No he cumplido el trato que había hecho con vos?

—Entonces—exclamé—es á vos á quien debo...

Me detuve: estaba pálida y temblorosa. Lucrecia vió mi emoción, me cogió una mano y me dijo:

—Tranquilizáos, pobre enamorada. Me debéis algo, acaso, pero vuestro talento y vuestra inventiva han hecho lo demás.

—¡Y la tempestad! ¿no es eso?—añadí yo.

—¡La tempestad también, sea! que os hizo tener aquella risa nerviosa, muy desagradable, os lo aseguro.

—¡Ah! si yo hubiese contribuído tanto como decís—dije bajando la cabeza—á agradarle, le hubiera vuelto á ver, no se marcharía sin dignarse darme el último adiós.

—Ante todo, no se ha marchado aún, ha dejado el hotel donde estaba en situación muy falsa con respecto á vos. ¿Por qué no os ha vuelto á ver? Es la única cuestión que debemos resolver.

—Es lo importante.

—Es preciso resolverla inmediatamente.

—No deseo otra cosa. La incertidumbre en que vivo desde hace tres días, me consume, me mata.

—Lo creía yo también, y ya me he ocupado de vos.

—¿Qué habéis hecho?

—He escrito á Prades, que su conducta me causaba gran extrañeza, y le he pedido que venga aquí hoy por la mañana para que me dé explicaciones.

—Qué, ¿va á venir él?

—Sí, ya os he dicho que esperaba á uno, y ese uno es él.

—¿Ha contestado? ¿Estáis segura de que vendrá?

—Completamente segura.

Me levanté, me miré al espejo, y, como me encontraba fea... á más no poder, manifesté deseos de retirarme.

—¿Por qué?—me dijo la señora Vitel;—no le recibiré en este tocador. He dado orden de que pase al salón. Quedaos aquí, y os referiré fielmente todo lo que me diga.

—¿Todo?—repetí yo.

—Sí. Es indispensable para que sepáis á qué ateneros. Vuestro porvenir depende de mi entrevista con él.

—¡Ah, lo sé!—respondí suspirando.

—Pues si lo sabéis, ¿queréis un consejo?

—Sí, dádmele, y le seguiré sin duda, como los demás—añadí tristemente.

—No os puedo aceptar—me dijo—ese reproche indirecto, porque hace tiempo, y en dos ocasiones distintas, os he aconsejado que os marchaseis de Trouville. Al menos debíais hacerme esa justicia.

—Os la hago—dije con amargura,—os la hago. ¿Por qué no os habré hecho caso?... ¿De qué nuevo consejo queréis hablar?

—Que asistáis á mi entrevista con Prades.

—¡Oh, no, no!—exclamé.—No quiero que

me encuentre por sorpresa, si no tiene deseos de verme.

—No me comprendéis—replicó Lucrecia.—No os proponía que os viese Didier, que debe ignorar que os halláis aquí. Delante de vos no se atrevería á explicarse, y querréis que se explique, ¿no es eso?

—Seguramente; tendré el valor de sopcartarlo todo.

Tal vez no tengáis necesidad de valor. No sabéis lo que podrá decir.

—Lo preveo.

También ella lo prevenía y quería que oyesen las confidencias de Prades para no tener que repetírmelas. Se hubiese visto obligada á usar de ciertos rodeos para no ajar mi amor propio, y prefería naturalmente que me enterase de todo... sin reticencias. La comprendía bien. Si leía de corrido en mi corazón, tampoco se me escapaba ninguno de sus pensamientos. Eramos iguales en fuerza; pero la señora de Vitel tenía en amor más experiencia que yo, y por eso la confíe imprudentemente mi suerte.

—¿Y cómo podré—dije—oir á Prades sin que él me vea?

—Nada más fácil—me contestó.—Entraréis en mi cuarto, y detrás de la puerta, que es-

tará entornada, no perderéis ninguna palabra.

—Es lo mejor. Lo haré como deseáis.

—No confundamos—replicó.—Vos sois la que necesitáis saber. Yo puedo seguir viviendo ignorante de lo que piensa. No soy curiosa sino por cuenta vuestra.

—Y os lo agradezco mucho—repliqué.

—Os dirigiré un ruego solamente: que no hagáis movimiento ninguno, que no se os escape ninguna palabra que os haga traición y se entere de que estabais oyéndole. No quisiera que Prades pudiese acusarme de haberle atraído á un lazo.

—Estad tranquila; me comprometo á llorar en silencio, si lloro.

—No lloraréis—dijo con viveza,—¿qué os hace sospechar?...

—Las advertencias que me hacéis—repliqué interrumpiéndola.—Si creyeseis que Prades había de decir cosas halagüeñas de mí, no hubieseis temido ningún escándalo por mi parte. La felicidad es silenciosa; el dolor, la cólera son lo que producen ruido y hacen salir de la reserva que las circunstancias exigen. Pero seré reservada.

Acababa apenas de decir estas palabras, cuando se acercó Victoria á su ama y la dijo algunas palabras al oído.

—Está bien—dijo en alta voz la señora Vitel,—que me espere un poco.

La criada se retiró.

—¿Es él?—pregunté.

—Sí. ¿Estáis decidida?

—Enteramente.

—Venid, entonces.

Me hizo entrar sin hacer ruido en su alcoba, entornó la puerta que la ponía en comunicación con el salón, me apretó la mano, puso un dedo en los labios para recordarme mi promesa y desapareció.

Yo me acerqué al portier y escuché.

### XXXIX

He aquí textualmente la conversación que tuve el dolor de oír:

La señora Vitel se acercó á Prades y le dijo:

—Ha sido preciso escribiros para obtener de vos una entrevista. Os marcháis de las Rocas Negras sin decir nada á vuestros amigos, sin despediros de ellos.

—Mis amigos, señora, me han tratado tan mal, han jugado conmigo de un modo tan cruel, que acaso pudieran perdonarme si les nuestro alguna frialdad.

—¿Es de mí de quien queréis hablar?

—Sí, señora.

—Entonces expliquémonos. ¿Os agrada?

—Estoy á vuestras órdenes.

—¿Me reprocháis, sin duda, no haberos abierto mi puerta la otra noche?

—Es cierto, señora, que si la hubieseis abierto os hubiese quedado eternamente agradecido, pero no os reprocho nada. Habéis hecho lo que os pareció bien.

—Y sobre todo, caballero, he hecho lo que la razón me aconseja hacer. Bajo la impresión de un tiempo excepcionalmente tempestuoso, os habéis mostrado, contra vuestra costumbre, afectuoso, comunicativo y locuaz, lo confieso. En el primer momento, esa elocuencia inusitada me extrañó y hasta me conmovió. Al quedarme sola, no tardé en decirme que el hielo, fundido por un instante, iba á volver á su primitivo estado, y por prudencia, por egoísmo tuve empeño en calmar la emoción que me habíais causado. Vuestra abstención durante tres días y vuestra actitud en este momento, me prueban que os había juzgado

perfectamente. Los relámpagos de vuestra pasión duran lo que ellos; el fuego que podéis sufrir no es más que una llamarada. Me dije entonces, deseando justificar mi reserva para con vos, que estáis á cien leguas de amarme; me encontrabais por casualidad en esa noche nefasta, que estabais excesivamente exaltado, y los sucesos han confirmado después mi previsión. Si, aunque poco, hubiese sido algo para vos, si me hubieseis amado por mí misma, si, en fin, hubiese tenido una personalidad, una individualidad á vuestros ojos, no hubieseis dirigido miradas á otra mujer, ni hecho una retirada tan brusca.

—¿Qué queréis decir, señora? no os comprendo

—Al contrario, me entendéis divinamente. Sois prudente y discreto, y eso es todo, pero trabajo inútil: desde el momento en que la puerta del cuarto se cerró delante de vos, he sabido lo que habéis hecho. No sólo vigilaban mis gentes, como deben, lo que ocurre en mi casa y me lo cuentan, sino que poseo la confianza de cierta persona y me lo ha contado todo. Por causa de ella y sólo por su causa es por lo que os he escrito que vinieseis hoy aquí. Asombrada de vuestra conducta, desde hace tres días, vengo en nombre suyo y en el mío

á suplicaros que nos deis una explicación.

—¿De mi conducta pasada?—preguntó Prades.

—No, esa se explica demasiado. Me he expresado mal; quiero hablar del porvenir y de vuestros proyectos. ¿No pensáis volver á ver á Carmen Lelievre, puesto que es preciso nombrarla?

—No, señora, no la veré nunca, jamás, al menos por mi gusto.

—¿Es esa vuestra intención irrevocable?

—Esa es mi resolución, sí, señora, y no la he tomado sin reflexionarlo mucho. La frialdad á que aludíais hace poco y que felizmente ha vuelto á mi ser, como también vos lo habéis hecho constar, me permite juzgar maduramente la situación. Por interés de Carmen, por interés suyo sobre todo, no debo volverla á ver.

—Sois muy cruel.

—Al contrario, señora, soy muy humano.

—¡De veras! ¿Podéis demostrármelo?

—Trataré de hacerlo, pero si alguna palabra que pueda herir el amor propio de Carmen se me escapa, os ruego que la olvidéis y que seais intérprete de mi pensamiento sin traducirlo al pie de la letra.

—¡Me asustáis! ¿Es tan terrible lo que me

vais á decir? Entonces sería mejor que callais.

—¡Ay, señora, mi silencio es también injurioso para ella, puesto que me habéis llamado para que le rompa! No, debo, quiero explicarme. Delante de Carmen no me hubiese atrevido á hablar. Hay cosas que no se dicen. A vos, señora, os lo diré todo; pero comprenderéis la necesidad de ser prudente, de dejar que se adivine sin precisarlo, de atender á susceptibilidades muy respetables.

Hubo en el salón un rato de silencio. Prades concentró su pensamiento antes de injuriarme. Por su parte, la señora Vitel se felicitaba de no haber tenido que repetir, y sobre todo, de verse obligada á dulcificar, en favor mío, las palabras que se preparaba á saborear, y yo iba á oír.

—No tengo el valor de vivir con ella— dijo por fin Prades;—todo mi ser se niega á ello. No tendría bastante imperio sobre mí para ocultarla mis impresiones, y si llegase á vencerlas, no tardaría en adivinarlas, gracias á su talento, que es de los más preclaros. Sufriría mucho á su lado, y ella tanto como yo.

—¿De qué impresiones queréis hablar? ¿Qué es lo que os aleja de Carmen de ese modo?— preguntó Lucrecia con refinada perfidia.

—Su fealdad—respondió él, sin tomarse el trabajo de buscar alguna perifrasis para expresarse.

Didier había, debo hacerle esta justicia, confiado prudentemente á la señora de Vitel el cuidado de buscarla.

—¡De veras!—replicó ésta con bastante vivacidad;—¡sois vos quien se atreve á decirlo! ¡Olvidáis ya lo que ha pasado entre ambos! Pues me parece que no se os figuró tan fea hace tres días.

—No. Confieso que me agradó un instante. Pero—añadió en voz baja—por la mañana al salir el sol...

—¿Qué tiene que ver el sol en esto?

—Preguntad más bien ¿qué iría á hacer en su cuarto?... ¡Pobrecilla! ¡La gusta tanto el sol!... ¡Qué cruel ha sido con ella esta vez! ¡despertarme de repente mientras ella dormía y presentármela de lleno á la luz del día!... ¡Ah! ¡no lo olvidaré jamás! He querido borrar ese recuerdo, todos mis esfuerzos han sido inútiles. Me perseguía sin cesar, me perseguirá siempre y será el tormento de los dos... No podría verla nunca tal como era por la tarde en vuestra tertulia, tal como ha sido por un instante, en aquel sofá... ¡Qué cambio de la noche á la mañana! ¡Que metamorfosis!...

No era la misma mujer, os lo juro... No se parecía en nada á la otra... De la primera tendré siempre buen recuerdo; de la segunda no quiero tener nada... No quiero verla... y la veo siempre... Hago mal en hablar así, lo sé, lo comprendo; pero, ¿no me habéis dicho que explique mi conducta y me justifique á vuestros ojos? Además, vos solamente habéis oído mis palabras y no se las repetiréis; hay cosas que no pueden decirse á nadie en su cara.

—En efecto—replicó la señora Vitel,—no me encargaré yo de decírselas, y me felicito de poder guardar silencio.

## XL

La entrevista entre Prades y Lucrecia continuó. Ésta hablaba de mí con emoción, abogando elocuentemente en mi favor. Adivinaba, es verdad, con anticipación, los argumentos que Didier iba á oponerle. No podían menos de ser favorables á ella. Después de haber oído cómo me *desmenuzó*, era la palabra exacta, tenía necesidad de que la echasen in-

cienso. Mi encantadora amiga no se negaba á nada.

—¡Pero si la desgraciada os ama—exclamó la señora Vitel,—pensad en su desesperación! ¡Ah, lo que habéis hecho!

—Esos reproches—respondió Prades—no son serios en vuestra boca; no puedo aceptarlos por venir de vos. ¿Quién me ha echado en brazos de Carmen? ¿No habéis sido vos quien me ha provocado á cometer una acción detestable? ¿No es á vos sola á quien debo mis remordimientos, y ella os deberá sus lágrimas?

—¡Yo!... ¡yo!... ¿Cómo es eso?

—Sí, vos. ¿Pensaba yo en Carmen?... ¿La amaba acaso?... ¿Hice que me amase? ¡No!... ¡Vos erais la que me gustaba, la que habéis deshecho el hielo de mi alma, como vos decís!... Como hombre, todavía impresionado por ciertos recuerdos de mi infancia, habríais pasado desapercibida, sin duda; pero como artista os admiraba: y seducido el artista, es decir, perdida la cabeza, como hombre debía deseáros. No olvidéis que bajo el punto de vista plástico, mi educación, imperfecta acaso, ha sido completada por Carmen. A nadie como á ella había oído encomiar con más elocuencia la pureza de líneas, la elegancia de las formas. Esa extraña joven ad-

mira imprudentemente todo lo que ella no tiene, y perece hoy por donde ha pecado.

—¿Vais de nuevo á hablar de sus defectos?—exclamó la señora Vitel.

—¡Dios me libre!—replicó Prades.—No veo más que los vuestros y los míos.

—¡Los míos!

—Los tenéis, y grandes. Cuando una mujer se entera de nuestro amor, no se conmueve, no se conduce como vos.

—¿Qué he hecho yo?

—¡Y me lo preguntáis! ¡No habéis dejado de hacer nada de cuanto pudiera perderme, volverme loco! Vuestras coqueterías eran de tal modo incitantes, que nadie hubiese resistido... Si después de aquella *soirée* en que pusisteis verdadero empeño en deslumbrarme con vuestros encantos, en magnetizarme, en cierto modo, si yo me atreví, yo, que no soy de ordinario ni muy emprendedor ni muy audaz, á venir á llamar á vuestra puerta, fué porque vuestras miradas... elocuentes me habían autorizado á tener ese atrevimiento. Durante dos horas, sí, lo confieso, he creído tontamente que era amado. Al día siguiente del mal éxito de mi empresa con relación á vos, y de la falta que cometí con Carmen, recobré la sangre fría y vi el lazo en que había caído.

—¿Qué lazo?

—¡El que vos me habéis tendido, señora!—replicó con viveza Prades.

—¡Caballero!

—¡Oh, no os defendáis, es inútil! He visto perfectamente claro vuestro juego. Lo habíais previsto, lo habíais calculado todo con esa profunda habilidad que todos reconocen en vos. La casualidad acaso os haya servido; pero lo habíais dispuesto todo de modo que os saliese bien.... Sí, la presencia de Carmen en el salón en el momento de mi fracaso, si no fué premeditada, era esperada al menos... Rechazado por vos y tratado malamente, no hubiera debido hacer que lo pagase todo la testigo de mi derrota, á la que parecía burlarse de ella, y cuya risa nerviosa y provocativa me acabó de cegar... ¿Por qué no os quedasteis allí, detrás de esa puerta tan bien cerrada? ¿Por qué presentarse de improviso más seductora que nunca? ¡Para hacerme perder la cabeza, no es eso, para hacerme criminal! ¡Ah, eso es odioso! ¡Vos sois la única culpable de todo!

—¡Ah! ¿de veras?—exclamó la señora Vitel furiosa al ver adivinado su pensamiento;— ¡yo sola soy la culpable! ¡Podía yo contar con el impudor y el cinismo! ¡Pues qué! porque

una mujer se resista á sus caprichos, ¿se van á otra? ¿Las frases amorosas que durante una noche nos dedican, y que nos agrada escuchar, se las repiten á la primera que encuentran? ¿La personalidad nuestra no les importa? ¿El sexo es lo que les excita? ¡Y qué, caballero, vuestro materialismo no tiene culpa alguna! ¡Estáis sublime, en verdad! No tenemos el derecho de ser coquetas con vos, y debemos darle cuenta de nuestra coquetería... ¿Y por qué? Porque volvemos á la razón, nos apercibimos del precipicio en que estabais resuelto á arrojaros, y tenemos el talento de huir de él. ¡Cuidadito, señoras, que el señor necesita una víctima, la busca, la encuentra y la desgraciada cae con él al abismo!

—Porque estaba al borde de él—exclamó Prades.—¡Ah! callad, no hablemos de eso, os lo ruego. En tesis general, vuestros razonamientos serían exactos; pero aquí, en este caso concreto, no pueden convencerme. Algo me dice que la caída de Carmen estaba preparada por vos; la deseabais. Poco importa, en último caso, que no estuviese premeditada, que no se me hubiese tendido ningún lazo. ¿Soy yo el único culpable? ¡Sea! Pero una hora de extravío, de locura, no puede pesar sobre mi vida entera ni sobre la de otra. Al querer expiar la

falta que con ella cometí, cometería otra mucho más grave: la haría desgraciada toda su vida... Llamáis á esto crueldad, señora; tiene la razón algo de frío y de implacable, convengo en ello; pero tiene también algo de verdad... ¡Ah! no creéis que un hombre honrado tome tal resolución, sin haberlo pensado y sin haber padecido mucho. Participad á Carmen mi profundo dolor. Decidla también que no la olvidaré nunca y que siempre me hallará dispuesto á servirla. Si nuestra corta relación tuviese consecuencias desagradables para ella, si riñese con su familia ó se produjesen sucesos más graves aún, me entrego á ella por completo. No pretendo sustraerme á ningún deber que por mi falta tenga que cumplir. Deseo tan sólo que mi libertad y la suya no queden ligadas para siempre. Me falta, señora, daros gracias por haber aceptado la misión de decir á Carmen mi resolución, y por tener la bondad de darle mi último adiós; pues de ella y de vos me despido, porque dentro de poco salgo de Trouville de vuelta para París.

La señora Vitel no encontró nada que decir á tan largo discurso. Le pareció sin duda el orador demasiado resuelto, demasiado decidido, demasiado firme en sus designios para entretenerse en oponer nuevos argumentos.

Pudiera ser también que aquel corazón, tan corrompido como el mío, ó más bien, como lo estará dentro de poco, sentía haberse mostrado tan cruel con Prades, cuya frialdad, cuya sangre fría, su hielo, como ella decía, la habían conmovido acaso más que la efervescencia de otros días. Habituada á las adulaciones persistentes, á los amores continuos, se asombraba de aquel cambio repentino, de aquel brusco renunciar á su persona; aquel fuego picó su amor propio, empezaba á encontrar en los tenores cualidades apreciables y se arepentía sin duda de haber hecho tanto por mí y tan poco por ella.

Pero esos pensamientos no me preocupaban ya. Pensaba en la afrenta que acaba de sufrir.

## XLI

La señora Vitel me encontró en su alcoba, sentada junto á la puerta que daba al salón, en el mismo sitio donde me había dejado.

Aturdida, estupefacta, anonadada con lo que acababa de oír, no me apercibí de su pre-

sencia. Para llamarme la atención me tuvo que tocar en el brazo. Hice un movimiento de sorpresa, levanté la cabeza y la miré sin hablar.

—¿Y qué?—me preguntó.

—¿Cómo?—repliqué yo.

—¿Que qué decís de todo esto?

Traté de reunir mis ideas, lo conseguí, y contesté con dulzura, tranquilamente, sin amargura, en voz suave y con los ojos bajos:

—Que habéis hablado perfectamente: vuestros razonamientos eran muy justos; los suyos también. Me hubiese vuelto á ver, y me hubiese amado mucho tiempo acaso, si hubiese sido preciosa, ó pasable al menos, como la mayor parte de las mujeres. Pero soy fea, muy fea, lo ha comprobado... largamente, y no quiere oír hablar de mí. Nada más natural... Está en lo cierto, absolutamente en lo cierto, cuando afirma que no podríamos vivir juntos: sufriría si se le condenase á verme todos los días, y yo padecería al verle sufrir por ese motivo. La resolución que ha tomado es de las más prudentes: da pruebas de buen gusto y de tacto al alejarse de mí.

—¡Ah!—dijo la señora Vitel, á quien mi calma y mi resignación causaban profundo asombro;—¡así tomáis las cosas! Os felicito

por ello. Está bien: ¡él se va, vos os quedáis y no os quejáis!

—¿He dicho eso?— exclamé poniéndome de un salto en medio de la alcoba.—¡No, no! Puedo creer que tiene razón, mil veces razón; pero que él quiera tenerla, ¡eso es otra cosa!... ¡Le odio mortalmente!... ¡le odiaré toda mi vida!...

—¡Por fin os vuelvo á encontrar!—dijo la señora Vitel.

—¡Por vida del... ¿Creéis que su amor por mí, las pruebas de ternura que me ha dado, han bastado para metamorfosearme?... Amada por él, hubiese podido ser indulgente y buena. Desdeñada, pisoteada por él, vuelvo á adquirir mi carácter natural... El amor de una fea le asusta... ¡y el odio de una fea, ya veremos lo que le parece!... ¡Ah, no podrá ser feliz jamás! ¡buena la ha hecho! ¡Nosotras, desgraciadas de la Naturaleza, no podemos vengar los desdenes de ésta en otro cualquiera, hacer á nuestro segundo amante todo el mal que el primero nos hizo! Por un favor especial del acaso, es como Prades se ha dignado honrarme, y no encontraré ningún otro tan generoso como él. Es, pues, con él solo con quien me las entenderé.

Mi voz era breve, mi gesto enérgico. Recorría

el cuarto de un extremo á otro. Los cabellos se me habían soltado y me hacían parecer una furia. La señora Vitel me confesó después que hubo un instante en que tuvo miedo; creyó que me había vuelto loca.

—¡Ah, me encuentras fea!—proseguí.—¿Crees contarme algo nuevo? Pues qué, ¿no me conozco yo? ¿No he trazado cien veces mi retrato? ¿No me he burlado en muchas ocasiones de mi ruin persona?... Pero no quiero que los demás se burlen de mí... No quiero, sobre todo, que te permitas tú hacerlo... Si al menos hubieses guardado tu opinión para ti solito; si tú me hubieses dicho en mi cara: «¡Eres espantosa; anda de aquí y no vuelvas nunca!...» Pero no; tú proclamas mi fealdad en todas partes, te atreves á burlarte de mí en presencia de otra mujer, encomiando sus encantos y enumerando mis deformidades. Crees que no tengo sangre en las venas, me tomas por una santa, ¡á mí!... ¡Ya verás lo que soy!

Me paré delante de la señora Vitel, y sin darme cuenta de que dió un paso atrás, esquivando mi presencia, me dirigí directamente á ella.

—Si leéis mis memorias—la dije,—ya sabréis de qué modo me atavió y cuán poco me arreglo. La impresión que le he causado... al

salir el sol, como él cuenta con mucha gracia, me la explico. Pero no le perdonaré nunca haberos dado cuenta de ella y haber sido el causante de la sonrisa que habrá retozado en vuestros labios... Sí, una sonrisa, la he adivinado, ¡vaya! Si no me sintieseis á dos pasos de vos, detrás de la puerta, y pronta á oír hasta el menor ruido, os hubieseis reído á carcajadas... Os figuraríais mi blanco perla, mi unto negro y el carmín del colorete corriendo por mi cara, desleídos por el sudor que de mi piel se desprendía... ¡Ah, si yo misma río; sí, no puedo por menos!... Estaba espantosa, ridícula, grotesca... Pero se lo debía haber guardado para sí... Podía haber hecho que no me había visto, ó que hubiese exagerado yo misma mi fealdad... Pero, por el contrario, oírle decir: «¡Es tan horrorosa, tan feísima!...» ¡Ah! esas palabras, á que estaba acostumbrada, me han hecho un daño horrible pronunciadas por él... ¡Hubiese preferido una puñalada!... Pero necesitaba el señor una excusa para consigo mismo y para los demás; necesitaba explicar de algún modo su abandono, y entonces ha levantado el brazo y me ha asesinado, me ha hecho añicos... Pero no he muerto aún; ¡ya lo verá!

Me alejé de la señora Vitel, que respiró con

más libertad, empecé á pasearme por el cuarto y pasé á un nuevo orden de ideas.

—¡Aún le oigo!—exclamé.—Al reprocharle la manera brutal que había tenido de conducirse, mientras mi corazón latía y ardía, respondía friamente en tono sentencioso: «En tesis general, señora, tenéis razón, pero en este caso...» ¡Ya te daré casos, yo! Yo te enseñaré á razonar cuando sufro por ti, y por culpa tuya tan sólo! ¡Ah! quieres razonamientos, pues espera, que también yo te los haré... ¿Acaso te había yo fastidiado con mi amor? ¿Te le he demostrado nunca? ¿Te he dado derecho á creerte amado por mí?... Me creías tan poco enamorada de ti que me has contado tus amores de Bretaña... Te escuchaba en silencio, religiosamente, por tenerte á mi lado... Pensabas interesarte por mí, te decías: «Qué buena persona.» ¡Parece un buen camarada! ¡Acaso en aquellos momentos era yo á tus ojos una mujer!... ¿Me he mostrado coqueta, te he dirigido una de esas miradas que permiten esperar y atreverse á todo?... ¡No, nunca, jamás!... Si estaba acobardada junto á ti, si tenía miedo... Y de improviso, sin haber sido animada á ello, sin haberte amado, porque hay tempestad, porque una mujer deseada por ti te rechaza, porque estoy allí y mi risa es nerviosa, me

coges en tus brazos y me arrojas desvanecida en mi cuarto... Y luego, imbécil, te quedas dormido en una butaca como un antiguo amante ó un marido... Si al día siguiente no me hubieses encontrado dormida á mi vez, no hubieses sorprendido el desorden de mi atavío y mi fealdad!... Tuve la desdicha de que me vieses en ese estado, de no agradarte, y te apresuras al momento á decretar que todo ha terminado entre nosotros... por completo. ¡De veras! ¿por qué no afirmas también que no ha pasado nada? ¡Eso sería más sencillo y te ahorrabas tener remordimientos! ¡Remordimientos! Por que los tendrías, puesto que te has ocupado de mi suerte, de dirigir mis destinos, de arreglar asuntos míos propios. Si mi familia me echa de su lado, tú me darás una pensión... ¿es lo que has querido decir, no es eso? Me tomas, pues, por una cortesana con quien se pasa una hora y se la pone en la puerta de la calle después de entregarla un puñado de oro? «Toma, vete y no vuelvas más, no me gustas.» Pero, desgraciado, yo moriría de hambre antes que aceptar de ti ni un ardite!... ¡Has pensado en todo, mi falta puede tener ciertas consecuencias, te dignas preverlo, y te encargarás del hijo mío! ¡Y de mí no te ocupas, no soy nada! ¡Ah! ¡y si

la miseria se apodera de mí... sí... le mataría antes que dártelo!... De todo has hablado, todo lo has previsto, no te falta más que marcharte... Encargas á otra persona que se despida de mí; sales para París á recoger aplausos, á hacer conquistas tal vez... ¡Yo soy libre de estar aquí ó de volver á Pernambucol... ¡Es el único porvenir que tengo, soy feal!... ¡Ah! ¡tanto peor para ti, pero debías haber notado mi fealdad antes, no ahora!... ¡Pagarás muy caro tu tardío descubrimiento!

Agotadas mis fuerzas, me dejé caer en una butaca.

## XLII

Si mis piernas y mis brazos se resentían de tan largos paseos en la estancia de la señora Vitel, con movimientos tan violentos, mi espíritu no había decaído en lo más mínimo. Así es que me fué fácil explicarme la sonrisa de triunfo que, desde hacía un instante se dibujaba en los labios de Lucrecia: comprendía que su plan había tenido un éxito completo y

que había llegado al estado á que había querido ponerme. La conversación que tuvimos después hubiera disipado mis dudas, si alguna hubiese podido tener sobre los proyectos de mi nueva amiga.

—Soy muy feliz—me dijo viniendo á mi lado,—al veros más calmada. Podría hablar tranquilamente con vos y comprenderíais que si tenéis mil veces razón en odiar á Didier de Prades, vuestras ideas de venganza son muy exageradas.

—No lo veo así—repliqué secamente.

—¿Cómo pensáis vengaros de él?

—No lo sé—dije, mirándola de hito en hito,—pero vos me diréis el modo de conseguirlo.

—¡Yo! No os comprendo.

—¿No os acordáis ya de vuestras promesas?

—¿Cuáles?

—Si llegaseis á tener quejas de alguien, en cualquier tiempo, venid á buscarme, y os enseñaré cómo os habéis de vengar.

—¿He dicho eso?

—Usando las mismas palabras que yo he dicho.

—Será posible; pero no suponía yo que se tratase de Didier de Prades, que no me ha hecho mal ninguno.

—¡Ah! os conozco lo bastante para saber que su actitud reciente os ha disgustado. No permitís que nadie adivine vuestras intenciones como él lo ha hecho, que se os hable con la rudeza que él, y que después de haberos amado y haberse creído amado de vos, renuncie tan fácilmente á vuestra conquista.

—En efecto, me hacéis reflexionar, y tengo quejas razonadas contra él. ¿Pero son bastante graves esos motivos para que os ayude en vuestra venganza?

—¿Os hacéis valer, para vender más caros vuestros servicios?—dije lanzando un suspiro, que sirvió para dulcificar la sequedad de la frase.

Lucrecia se sonrió á su vez y replicó:

—Veo que estáis resuelta á jugar á cartas vistas.

—En efecto.

—Entonces me vais á permitir que os haga declaraciones completas. ¿Me habéis comprendido? Tengo intención de venderos mis servicios.

—¿A qué precio?

—Antes de fijarle, sepamos con exactitud lo que reclamáis de mí. La explotación del hotel de las Rocas Negras no ha producido á vuestro padre, según me habéis dado á entender,

los beneficios que él creía, y se propone sin duda volverse á marchar al Brasil con su mujer y con vos.

—Me lo temo—respondí.

—Deseáis sustraeros—prosiguió—á ese nuevo viaje, y vivir en París, adonde se marcha Prades.

—Ese es en efecto, mi deseo.

—Pues de vos sola depende realizarlo; he puesto á vuestra disposición todo el dinero que necesitéis.

—Os estoy muy agradecida. Pero no aceptaré de vos favores de ese género.

—No sé entonces cómo viviréis en París. No poseéis, según me habéis dicho, recurso alguno.

—Y no os he engañado, pero soy joven, activa, tengo instrucción, hablo varios idiomas. ¿Será imposible con estas cualidades encontrar un empleo de institutriz, de lectora, de aya, de señora de compañía?

—Por lo menos es muy difícil, cuando, como vos, no se tienen grandes relaciones. Pero yo estaré allí y estoy dispuesta á ayudaros.

—¡Vos podríais!... pero...

—No sigáis. Me vais á hacer la observación de que yo no tengo grandes relaciones con mujeres de la alta sociedad; confieso que es

cierto; pero creo haberos dicho ya que la fortuna considerable que poseo me da gran fuerza y hace de mí una especie de potencia con quien hay precisión de contar. Las personas á quienes abro mi caja muchas veces, y que esperan aún sacar algo de ella, no pueden negarme su concurso en ciertas cosas. Podría decirlos desde ahora el nombre del amigo... ó del deudor á quien confiaría el encargo de proporcionaros una colocación. La hallará en breve tiempo, estad segura de ello.

—Me tenéis hechizada, pero hasta ahora vos sola me vais á prestar un servicio... gratuitamente. Ya hemos firmado un convenio que nos ligue á las dos.

—No lo pierdo de vista; pensaba en ello de tal modo, que sé ya dónde haré que entréis en clase de señorita de compañía.

—¿En casa de quién?

—De la marquesa de Tourves primero; en casa de la señora Broizel después.

Repetí esos nombres, no me traían á la memoria recuerdo alguno. La señora Vitel acudió en mi auxilio.

—¿Os habéis olvidado—me dijo—de las que estuvieron alojadas en vuestro hotel?

—¡Ah!—exclamé,—¡es verdad!

—Ya sabéis que esas dos señoras se mar-

charon de vuestra casa por mi causa, después de haber intentado que me despidieseis, que desde hace muchos años me persiguen con encarnizamiento, me abruman con sus desdenes, me cubren de afrentas.

—Sí, sí, lo recuerdo. ¿Y pensáis colocarme á su lado? ¿Qué intención es la vuestra? Es que...

—Perfectamente. Estoy en ello. Deseo que, si os ayudo en vuestra venganza, me ayudéis vos en la mía... ¿Habéis comprendido?

¡Que si había comprendido! Todo su proceder conmigo desde hacía seis semanas se me aparecía claro, distinto, preciso. Sus palabras, sus más mínimas acciones, brillaban, por decirlo así, á mi vista.

Traté de resistirme.

—No, no puedo de ningún modo aceptar— dije.

—Pues lo que os pido—replicó—es bastante justo: reciprocidad. No exageréis tampoco la importancia de vuestra misión; no exigiré nada que sea excesivo. Deseo tan sólo tener una aliada en el campo enemigo, alguien que, si hace falta, pueda librarme de nuevas afrentas... Voy más lejos: si no tenéis ninguna queja de esas señoras, si se muestran con vos buenas, afables, si no os hacen sentir con cruel-

dad excesiva la inferioridad de vuestra posición, no os pediré ningún servicio que pueda asemejarse á una traición. Pero si, por el contrario, tenéis que reprocharles insultos ó palabras humillantes, me vengaréis al vengaros vos. Conservaréis vuestra libertad de acción... ¿Acceptáis estas condiciones?

—Necesito tiempo para reflexionar.

—Tomáos todo el que queráis.

.....  
Entré en mi cuarto, reproduje textualmente la conversación precedente, y en mis memorias escribí la palabra *Fin*. Mi vida será de aquí en adelante muy activa, y probablemente muy... criminal, para que tenga tiempo y... audacia de hacer diariamente confesión general.

FIN DE LAS BAÑISTAS DE TROUVILLE

BIBLIOTECA DE MUSEO LEON  
MUSEO LEON  
1911  
OTRO LIBRO